

Ensayo

Aquella Cirugía Naval

José María Rodríguez Tejerina.

La Cirugía Naval tiene antecedentes remotos. Los cirujanos navales siempre fueron diestros en las operaciones de fortuna. La estampa del viejo "físico" aserrando una pierna a la luz de un fanal en un sollado de proa entre golpes de mar, cañonazos y blasfemias, con media pinta de ron por toda anestesia, nos parece hoy dantesca y peregrina. Mas, no cabe duda que, en aquellos tiempos, en los que la hemorragia y la gangrena eran los amenazadores fantasmas de cualquier herido, nuestros predecesores en los barcos aliviaron muchos sufrimientos y salvaron bastantes vidas.

Antaño, era el pañol de las jarcias, oloroso a brea, salitre y cabullería, el que albergaba a los marineros enfermos. Allí les curaba el cirujano-barbero que, en la marina de Aragón, era uno por galera y ganaba quince libras barcelonesas cada cuatro meses, igual que el trompeta y el alguacil. El pañol de las jarcias se convertía así en "pañol de los golpeados", el de la "morralla" o "tollar"; los traumatizados desplazaban a las velas, apiladas e inertes.

El "sangrador" llevaba consigo su "cofre de cirujano". Era todo cuanto se exigía de él. Años más tarde, después que el físico maestro Alonso, el maestro Juan y el doctor Diego Álvarez Chanca acompañaran a Cristóbal Colón en sus viajes al Nuevo Mundo, las Ordenanzas exigieron algo más al cirujano, "muy necesario en los navíos por las ocasiones de enfermedades y peleas de la "chusma". Pedían que fuera "latino, buen cristiano, caritativo y diligente". Y que tuviera la "herramienta precisa para curar, serrar brazos y piernas, bien limpia y acicalada". Y, en el "arca de las medicinas, las necesarias, buenas y frescas".

En el botiquín de estos navíos solían encontrarse multitud de ineficaces medicinas: aguas aromáticas, licores, ácidos, jarabes, electuarios, extractos, píldoras, espirituosos, sales, bálsamos naturales, tinturas, polvos, escaróticos, aceites, ungüentos y simples.

En la galeras

La infernal, hedionda vida en las galeras, ha sido magistralmente descrita por don Gregorio Marañón en un célebre ensayo. La asistencia médica en ellas fue tardía y harto escasa. Durante mucho tiempo estuvo a cargo, solamente, de los barberos y "cirujanos de heridos". Muy modestos prácticos, sin estudio alguno, tal vez de manos hábiles, que obtenían sus títulos mediante el pago de cuatro escudos de oro. Bizmaban; llevaban a cabo una cirugía menor. Ganaban igual, también, que los trompetas y chirimías. Compartían sus labores sanitarias con los capellanes.

Quando se reunían muchas galeras, formaban escuadras destinadas a emprender ambiciosas aventuras marineras. Surgían entonces los "protomédicos". Como Lobera de Avila, y otros, que acompañaron a don Juan de Austria en la batalla de Lepanto. A la que acudieron eminentes médicos y cirujanos; Cristóbal Pérez de Herrera, Gregorio López de la Madera. Incluso el famoso Daza Chacón. Todos ellos realizaban exitosas amputaciones. Por entonces los estudios anatómicos estaban muy en auge. Utilizaban cauterios, bisturíes, sierras; instrumentos candentes, para evitar las hemorragias. Contenían la sangre con ligaduras, cauterizaban las bocas de los vasos. Las amputaciones las llevaban a cabo con un cuchillo bien afilado y cortaban el hueso "con una sierra de hacer peines, muy fina". la cura final la realizaban con clara de huevo, sangre de drago, bol de arménico y acíbar.

Daza Chacón, que era muy caritativo, asistía a los condenados a sufrir amputación de mano. Estiraba la piel del antebrazo

hacia arriba, dibujaba el lugar exacto, en la muñeca donde debería hacerse la amputación. Luego de efectuada ésta bajaba la piel para recubrir el muñón, que introducía enseguida en el vientre de una gallina viva.

Don Juan de Austria, durante su viaje a la campaña de Túnez, un año después de la batalla de Lepanto, llevó a bordo cuatro protomédicos, veinticinco cirujanos, quince barberos y cuatro boticarios.

A bordo del “Juan Sebastián de Elcano”

Por los años 1949 a 1952 estuve embarcado como cirujano a bordo del Buque-Escuela Juan Sebastián de Elcano.

Recuerdo que la enfermería se hallaba muy cerca del pañol del contra maestre, repleto de jarcias, velas, lámparas marinas; botes de pintura verde y blanca. El ruido de las cadenas del ancla, al golpear en los escobones, desvelaba el sueño de los enfermos. Porque la enfermería estaba a proa; la principal tenía seis camas. La de infecciosos, con un aparato portátil de rayos X (de los utilizados por los alemanes en la batalla de Rusia) y un pequeño laboratorio. El quirófano, en fin, angosto, con sus mamparos azules surcados por muchas y susurrantes tuberías.

En las mares gruesas la proa del barco se hundía, pesadamente, en el agua, para levantarse pronto, airosa, en un continuo duelo de tajamares y espumas. A este “macheteo” de la afilada cabeza del barco, a este movimiento de ascenso y descenso, había, por fuerza, que acostumbrarse para poder reconocer y operar a los pacientes. Era el último vestigio de la antigua servidumbre de nuestros antepasados que todavía nos quedaba.

Un modesto tributo. Por lo demás las vitrinas estaban repletas de material moderno, y buenos equipos de anestesia y transfusión. La mesa del quirófano, y la lámpara que la iluminaba, eran excelentes. Las batas blancas, los guantes de goma,

aparecían, estériles, dispuestos a ser utilizados en cualquier momento. Las policromas medicinas, muy eficaces, se exhibían, a su vez, en otras vitrinas. Era una situación parangonable a la que pudiera encontrarse en una buena clínica quirúrgica de tierra firme.

Para adiestrar y tener siempre a punto al equipo quirúrgico, solía operar perros continuamente. Les practicaba operaciones de resección de estomago, por vía abdominal e incluso intratorácica. Colaboraban conmigo los otros médicos del barco, en un principio Juan Ortiz, luego Carlos Mendoza y, por último, Mariano Brel Arrieta. También disponía de la ayuda de tres practicantes, el principal de ellos, y más competente, era Juan Peral, nieto del descubridor del submarino de su nombre.

Varias veces, en cada crucero de instrucción, el menudo y bajo de techo quirófano del “Elcano”, apretado por la estructura del navío, vio añadirse a sus habituales ruidos marinos, el chasquido de la ruptura de los tubos de catgut, el sonido metálico de las pinzas; las palabras nuestras, entrecortadas, apagadas por las mascarillas.

Las operaciones que realicé a bordo fueron muy diversas, desde laparotomías por abdómenes agudos, a la cura de fracturas abiertas. Mas, la operación predominante, fue la apendicectomía. La frecuencia de las apendicitis aguda a bordo era similar a la observada en tierra en colectividades de personas jóvenes. Con la diferencia de que, a bordo, estos cuatrocientos hombres, vivían en la mar la mayor parte del año. Todas las apendicitis cursaban con gran agudeza, observándose formas gangrenosas y perforadas muchas veces. En el postrer viaje que hice, de regreso de Alejandría, operé una apendicitis aguda iniciada apenas hacía unas horas, y que ya se había perforado y sembrado de pus el peritoneo.

Atribuimos esta evolución tan rápida al fuerte temporal que estábamos capeando, con los inevitables estiramientos y tracciones de los mesos, ocasionados por los fuertes bandazos que daba el Buque-Escuela.

En menor grado, con mares menos furiosas, el balanceo del navío, condicionó, sin duda alguna, la evolución rapidísima de la común dolencia.

Asimismo la carencia de alimentos frescos, que se hacía bien patente en las largas travesías, de hasta cincuenta días, contribuyeron a la gravedad de las apendicitis a bordo. Procurábamos compensar estas carencias alimenticias administrando a toda la tripulación vitamina C.

Otro factor que agravaba las enfermedades a bordo era la nostalgia, común en la gente de mar, sentimiento que disminuye las defensas orgánicas frente a las infecciones de cualquier tipo. La “morriña”, que

matizaba desfavorablemente el curso postoperatorio, sobre todo en los marineros gallegos, a los nacidos en la patria de Rosalía.

Con el correr del tiempo desapareció, para siempre, la estampa del pañol de velas sirviendo de sangrienta enfermería. Los rudos métodos quirúrgicos de los zafios cirujanos-barberos, pasaron a la Historia. Tal vez tan sólo quede hoy como simbólico recuerdo de la remota navegación a vela, la esbelta silueta del aparejo del Buque-Escuela “Juan Sebastián de Elcano”, en venturosa vigencia todavía, desafiando con su blanco velamen los vientos de los siete mares.